

Traslación de los restos de Gorriti

DE TOLOSA A HUARTE-ARAQUIL

11 de Abril

Hemos llegado á Huarte-Araquil a las siete y media.

San Donato y Archueta están festoneados de nieve y el viento es frío.

Vienen del Orfeón, Múgica, Aramburu, Navaz, Onsalo, Alegría, Oroz, Arraiza, Olaso, Artieda, Cabasés, y cuatro niños.

De Tolosa han llegado ya los señores Elósegui, Altuna, Recondo, Mocoroa, Urquiola, Eyzaguirrere, Ousinague, Laborda alcalde, López concejal.

A la estación salen las autoridades de Huarte y el presidente de Santa Cecilia don Alberto Huarte.

Al llegar nos enterarnos de que los restos del maestro vienen desde Tolosa por la carretera de Ataun, y que llegarán á Huarte próximamente á las nueve y media.

Nosotros vamos á visitar la casa del maestro.

En casa del maestro

Las hijas de Gorriti, doña Segismunda y doña Elodia, nos reciben afectuosamente y complacientes en extremo nos acompañan en la visita que hacemos á la casa en que nació el maestro.

La casa no está como estaba cuando en ella nació Gorriti en 23 de Agosto del 39 pues en la época de la guerra civil fué destruída por el incendio.

Visitamos la habitación donde nació el maestro, habitación clara está reformada.

Entre otras muchas curiosidades, vimos el diploma del primer premio que ganó el gran compositor á los quince años en el Conservatorio de Madrid.

Ante este histórico documento hemos oido una anécdota relacionada con él.

La reina doña Isabel II quiso colocar sobre el pecho del joven que había de llegar á la inmortalidad, el símbolo del reconocimiento público, la medalla que había ganado, y al ir S. M. á prender la enseña en el pecho del imberbe músico se cayó de las reales manos la caja que guardaba la medalla y se hizo añicos.

La reina recogió los trozos del estuche, condecoró, al joven navarro y le entregó los trozos del estuche que siempre guardó Gorriti con especial predilección.

Y cuéntase que la reina Isabel, después de haber condecorado al niño músico le dijo dándole con los dedos en la mejilla.

—¡Qué rubio más guapo!

El maestro repetía siempre y en sus últimos años, cuando ya su cabeza estaba nevada, esta frase de la reina de España que le llenaba de satisfacción

Recuerdos gloriosos

Vi también otros muchos diplomas y trofeos representativos de los grandes triunfos del maestro.

Entre ellas una hermosa corona de laureles con frondosas cintas que le fué regalada en el año 1882 en Bilbao donde se cantó su preciosa composición «Ecos de Andia.»

Un diploma extendido en Barcelona el año de 1888, premio á «Un volumen musical» enviado por el maestro al concurso abierto con motivo de la exposición universal.

Y uno de los siete famosos premios que Gorriti obtuvo en Paris.

La historia de estos premios es harto conocida, pero aun con el peligro de repetirla por millonésima vez la exhumaremos en dos renglones para que la conozca quien la ignora.

En París había un concurso musical anual, y á él concurrió el maestro navarro.

El primer año obtuvo Gorriti el primer premio. El segundo también y el tercero, y el cuarto, y el quinto, y el sexto, y el séptimo.

Llegado este momento después de haberle sido adjudicado el séptimo premio el jurado decidió manifestar á Gorriti que estaba probado un hecho, el que siempre que se presentara al concurso obtendría el premio, y que por lo tanto podía hacer lo que quisiera, pero le agradecerían mucho que entrase á formar parte del jurado, ó no formar parte del jurado, pero que también le agradecerían que dejase que premiaran á otro.

La corrupción del maestro no podía ser sancionada de un modo más elocuente.

Vi también el último diploma que recibió el maestro en 27 de Marzo de 1894, (murió Gorriti el 12 de Mayo de 1836).

Es un diploma que le dieron las sociedades musicales de Pamplona cuando el maestro fué vocal del concurso que se celebró en la capital de Navarra. Es un artístico documento que tiene los bustos de Eslava, Arrieta, Gayarre y Sarasate.

En esa fecha la obra impuesta en el concurso fué los «Ecos de Andía.»

Hemos terminado la visita.

Llegada de los restos

En un magnífico automóvil llegan á Huarte el señor Sánchez Marco, su señora y su hermana política la marquesa de Vessolla.

Son las diez de la mañana, acaban de llegar los señores Amorena y Oroz y nos encaminamos carretera alante hacia Alsasua á esperar los restos del maestro.

A las diez y cuarto llegaron á Huarte, por la carretera, los restos mortales de Gorriti, encerrados en una caja de zinc y ébano.

La caja venía en un coche cesta.

Esperóse unos momentos, y á las diez y media llegó el clero parroquial con cruz alzada, y los diputados navarros señores Oroz y Amorena, el diputado de Guipúzcoa señor Aguirrezabala (los otros dos comisionados no vinieron por hallarse enfermos) el alcalde de Huarte, el concejal de Tolosa señor López, y numerosos vecinos de Huarte, de Pamplona y de Tolosa.

Hallábanse también presentes las hijas de Gorriti, su hijo político y

Sus distinguidas discípulas las señoras marquesa de Vessolla y de Sánchez Marco.

La comitiva se puso en marcha desde la carretera ó entradas mismas del pueblo.

Marchaba delante el clero parroquial con cruz alzada y á continuación el féretro que guardaba los restos, y que eran conducidos por los señores don Remigio Múgica, don Policarpo Elósegui, don Eduardo Mocoroa y don Valentín Fernández.

De la caja pendían cuaro cintas que llevaban el diputado don Lorenzo Oroz y los señores Laborda, Aguirreabala y el alcalde de Huarte.

Detrás iban dos coronas que los discípulos que en Tolosa tenía Gorriti dedicáronle cuando se murió.

Las cintas las llevaban tres niños, uno de ellos Felipe Domínguez, nieto del maestro.

En el templo

A las once dió comienzo la Misa.

El féretro fué colocado en un pequeño túmulo al lado de las gradas del presbiterio.

En el piesbiterio colocóse la presidencia formada por los señores Huarte, Elósegui, Oroz, Amorena, López, Azoz, Eyzaguirre, Fernández (don Valentín), y representantes de los orfeones de Tolosa y Pamplona.

Comienza la Misa.

En el altar está la imagen del Arcángel San Miguel.

Se interpreta la Misa breve de requiem á tres voces, de Gorriti.

Dirige la masa coral Múgica, y toca el armonium Mocoroa.

La iglesia está llena de numeroso público, no sólo de los pueblos citados, sino también de muchos de los comarcanos

Después de la Misa

Los huesos del autor de los «Ecos de Andía» están guardados en la diminuta caja frente al altar; en el altar la imagen de San Miguel Escelsis; en el coro discípulos y admiradores del maestro Múgica de pie dirige la masa coral tolosana-navarra, Mocoroa está sentado junto al

armonium la iglesia llena de paisanos, de amigos, de admiradores, de discípulos de Gorriti y en medio de este concierto se oyen potentes las notas de la gran Misa menor del maestro.

Todo esto es admirable, todo esto resulta grandioso y el alma siente intensas vibraciones funerales y alegres y todos clavamos los ojos en aquella caja negra y los dejarnos fijos en ella, porque nos parece ver surgir la venerable figura del maestro que sonríe y bendice á las almas buenas que han guardado para él este sentido y delicado recuerdo.

La voz del sacerdote se extiende solemne por el templo, y bajo aquellas naves se junta con las armonías grandiosas que constituyeron parte del alma del maestro y juntas salen de las naves, se agrandan, se extienden por el valle, acarician las sierras de San Donato y Aralar, llevan un recuerdo á Urbasa y Andía de donde nacieron aquellas armonías, y bajando de nuevo al valle se juntan con los murmullos del Araquil, y se pierden en el espacio entre los girones de las nubes que como alas gigantescas pasan rozando el Santuario de San Miguel.

Todo fué allí admirable.

Cada orfeonista puso toda su alma en las notas de la misa, Múgica movió su genial batuta con movimientos electrizantes, poniéndose todo él en esos movimientos, cada orfeonista fué un Farinelli, y Mocoroa arrancó al armonium sus notas más hermosas, sus notas más tristes, sus notas más bellas.

Y todo el mundo rezó fervorosamente, y á muchos ojos se asomaron las lágrimas.

* * *

Terminó la solemnísima misa y fué sacado el féretro, que las más personas antes citadas condujeron al cementerio.

Detrás del féretro iba una numerosísima concurrencia.

Todos iban descubiertos y tristes.

La manifestación silenciosa siguió pausadamente el camino del cementerio y subió á la cumbre donde se halla la última mansión, por retorcido sendero que serpentea por entre la pradera verde, sembrada de violetas, por entre las tierras que muestran crecidos tallos...

Ya hemos llegado á las puertas del cementerio.

El féretro es colocado en la capilla, colócanse junto á él las hijas del

maestro, y en el paso se reunen todos los orfeonales, y dirigidos por Múgica, cantan un trozo de los «Ecos de Andía» y se cantan responsos, y afuera, en el campo, el pueblo escucha con silencio religioso el cántico que compuso el inmortal maestro al pie mismo de la sierra y robándola sus secretos.

El panteón

Terminados los cánticos y responsos fué conducido el féretro al panteón.

El panteón es modesto, sencillo y severo.

En la cruz se lee: «A Gorriti, sus admiradores».

Tiene dos tumbas.

En una de ellas fueron sepultados el miércoles los restos de la amorosa compañera del maestro.

Rodea al panteón una cadena.

Los huesos del maestro

Después de todo esto hemos tenido un momento de profunda solemnidad.

El féretro fué colocado al borde de la abierta tumba que lo aguardaba:

Yo pude colocarme junto al féretro

El maestro Mocoroa abrió la caja y aparecieron á nuestros ojos los huesos del maestro.

Yo no sé si sabré expresar, no si. si podré expresar la intensa sensación de terror que sufrió.

Los huesos del maestro oscurecidos, enrojecidos, teñidos de ocre, estaban colocados los unos sobre los otros, y el cráneo, el hermoso cráneo que fué caja misteriosa de donde salieron tantas bellezas, estaba allí entero, conservando intactos el bigote y la melena del maestro.

He oido decir que Gorriti era rubio, la melena es rubia también, ligeramente enrojecida como para no descomponer el cuadro oscuro, pero está entera, peinada hacia atrás como se la peinarían el dia en que exhaló el último suspiro.

Una ráfaga de viento venido de Andía acarició aquella melena y quiso desenredarla...

En mi retina quedará siempre grabada esta escena.

Aquel soplo de viento que brotó de las nubes inseparables compañeras de San Donato, Urbasa, Andía y Aralar, fué un cariñoso amigo del inmortal barranqués, y también llegó sollozante y triste á besar por última vez la frente de su amigo, de aquel amigo á quien prestara en memorables ocasiones frescura para su frente sudorosa, armonías para su alma grande.

Yo no conocí á Gorriti, pero la fantasía lo colocó ante mi vista en aquel momento solemne, y vi al maestro caminar despacio por las faldas de las históricas sierras, centinelas avanzados de Navarra, elevando su espíritu á la región de los cielos, y recogiendo los rumores del viento que ruge como fiera encadenada cuando penetra en la sima, cuando en la sima se retuerce, cuando silba al rozar los afilados picaos, cuando murmura al mover en solemne oleaje las copas de las encinas y de los robles, y cuando suena confuso al rodar por las abultadas vertientes para esfumarse en la lejanía.

Yo veía aquella cabellera enrojecida, rubia y plateada agitada por el viento que jugaba con ella cuando en la frente del maestro brillaba el rayo de la inspiración, cuando aquél cráneo no era la osamenta seca, pelada, lamida que en el cementerio recibió el beso del viento, cuando aquella melena recibía las caricias de las manos en los solemnes momentos en que el maestro, clavados los ojos en el espacio, sin mirar fijamente á ningún sitio, buscaba en éxtasis la divina inspiración...

Los huesos de Gorriti, al aparecer cuando se abrió el féretro, recibieron el postre adios, la última mirada de los montes, la despedida del valle, y en los montes y en el valle se oyó la sinfonía salvaje del viento y el adormecedor murmullo de! Araquil, y hasta pareció como que en los dos huecos del cráneo brilló instantáneamente la fulgurante luz de los ojos del maestro que se despedía del santuario de San Miguel que, severo y mudo, se destacaba sobre la sierra y del valle y de las montañas...

El féretro fué cerrado y se vertieron muchas lágrimas.

* * *

las dos hijas de Gorriti derramaron abundantes lágrimas sobre los restos de su padre, y todos las dirigieron frases de consuelo.

* * *

El señor Secretario del Ayuntamiento de Huarte-Araquil, visiblemente emocionado dió las gracias á todos los que habían acudido á aquel lugar á honrar al insigne hijo de aquella villa.

* * *

La distinguida dama marquesa de Vesolla y la señora de Sánchez Marco no se separaron un momento de los restos de Gorriti.

Yo guardo para la aristocrática dama, para la marquesa de Vessolla esta sencilla expresión de mi profundo reconocimiento.

Me habló del maestro, y al hablar de él puso en sus palabras toda la dulzura del alma femenina cuando llora.

—Yo fui, me decía, la primera discípula que tuvo Gorriti en Tolosa.

¡Qué bueno era!

Muchas veces le oí interpretar en el piano su misa menor que se ha cantado hoy.

Cuando la interpretaba, tarareaba satisfecho como un niño.

La distinguida señora de Sánchez Marco y doña Elodia Gorriti, hija del maestro, empezaron juntas á estudiar con el gran compositor cuando tenían seis años.

Le querían mucho, y bien demostraron su cariño en estos momentos de dolor.

Esta interesante crónica ha sido tomada de El Eco de Navarra y se halla firmada por Garcilaso.

